

## Una carta desde el infierno

Te vi ayer cuando comenzabas tus tareas diarias. Te levantaste sin acordarte de rezarle a tu Dios. En todo el día no lo tuviste presente. De hecho, ni siquiera te acordaste de bendecir los alimentos. Eres muy desagradecido con tu Dios, y eso me gusta de ti.

También me agrada la enorme flojera que tienes en todo lo que se refiere a tu formación como católico. Tu vida sacramental está por los suelos... Sólo vas a Misa los domingos, y esto llegando tarde. Confesar y comulgar, rara vez, cuando hay cierta presión por los compromisos familiares. ¿Y qué decir de tu tacañería en hacer apostolado? ¿En difundir tu religión? ¿En enseñar a otros el amor de Cristo o la solicitud de María?

Todo ello es muy útil para mí. No sabes cómo me alegra.

Tantos años y sigues igual. Crees que no tienes nada que cambiar. Me encanta. Hemos pasado muchos años juntos y aún te detesto. Es más: te odio, porque odio a tu Dios. Que no lo ames, que lo olvides, es una forma de triunfar, de contradecir sus deseos.

Con tu cooperación estoy demostrando quién es el que manda en tu vida. Con todos esos momentos que hemos pasado juntos... Hemos disfrutado muchas películas «para adultos», y ¡qué decir de las veces que hemos ido a los espectáculos artísticos en vivo... de los programas de la tele, tan picantes, y de las imágenes en internet...! ¡Ah, y de cuando no te has «portado bien» con aquella persona...! Pero más me agrada que engañes a tus remordimientos con aquello de que «eres joven, tienes derecho a gozar de la vida». No hay duda..., eres de los míos.

Disfruto mucho de los chistes obscenos que escuchas y cuentas. Tú sonríes de la picardía que tienen, y yo me regodeo de ver a un hijo de Dios difundiéndolos. Me fascina saber cuáles son los grupos musicales que más te gustan..., porque yo mismo los domino y poseo.

También disfruto mucho cuando murmuras de los demás. Los chismes que siembras se dispersan con mucha facilidad. Tienes gran habilidad para crear divisiones... ¡Ah!, y te felicito por tu actitud de rebelión siempre contra la autoridad. No dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer. Eres libre de llevar a cabo lo que te venga en gana.

Esta carta es para darte gracias por dejarme que utilice la mayor parte de tu tonta vida. Eres tan manejable, que sucumbes hasta a las más simples tentaciones. El pecado se ha adueñado de tu vida. Sigue siendo así.

En ocasiones me prestas una gran ayuda, cuando das malos ejemplos a los niños. Ellos son tan receptivos, que me haces un gran favor encaminándolos a ser como tú. Te lo agradezco mucho.

Si tuvieras algo de seso, cambiarías de ambiente, de compañías, hablarías con tus padres, con aquel amigo que se entristece cuando yo me siento dichoso, con el sacerdote ése que rechazas por fuera, pero que admiras por dentro, y que te hace sonrojarte cuando te dirige la palabra. Les pedirías ayuda, y ellos seguramente te la darían, y regresarías a tus oraciones, a los Sacramentos y a tu apostolado, y entonces, ¡adiós mi gabán!... te me escaparías.

No acostumbro a enviar estos mensajes, pero eres tan conformista y flojo, que no creo que vayas a cambiar. Te tengo bien estudiado, y más adelante, cuando crezcas un poco más, utilizaré mi arma más efectiva: te induciré a que no creas en mí. A que me consideres una fantasía. Eso me conviene. Así ya nunca pelearás contra mí; y yo, a tu muerte, cuando se acabe tu tiempo, te arrastraré conmigo al fuego eterno. Ahí te unirás a los míos para maldecir y odiar eternamente a Dios, a la Virgen, a tus padres, a todos tus amigos y enemigos, y a mí. Pero habré triunfado. No amarás a nadie, no lo amarás a El, a Cristo Jesús, a Cristo Dios. ¡No, ya nunca podrás arrepentirte..., y terminarás aborreciendo a tu Dios! ¡Y yo disfrutaré de tus lágrimas!

Tu enemigo que te odia,

SATANÁS

P. D. Si realmente quieres que te ayude a gozar en este mundo, no muestres esta carta a nadie.

## **Beatriz, la religiosa pecadora suplantada por la Virgen**

En el año de 1200, una monja llamada Beatriz, de cuerpo gentil, fervorosa de espíritu y devotísima de la Virgen Santísima en un comienzo, andando luego con poca cautela por la reja o locutorio, de que era portera, comenzó a entibiarse en el espíritu, y pasando de una falta a otra, y de un pecado a otro, llegó a tal estado, que no tenía de religiosa sino el hábito que traía; y aún éste determinó dejarlo y huir del monasterio, juntamente con uno de los sacristanes, de quien se había enamorado locamente por sus imprudencias.

Pero, antes de ejecutar semejante sacrilegio, se fue delante de una imagen de la Virgen Santísima, y dejando a sus pies el sagrado hábito y las llaves del monasterio, le dijo:

*«Virgen Santísima, os dejo y abandono; mas Vos no me abandonéis a mí, acordándoos de los obsequios que os he hecho en este santo lugar. Tened Vos, Señora, cuidado de estas sagradas vírgenes; sed Vos su ángel custodio. Adiós, María, os dejo».*

Dicho esto emprendió la marcha, y salió del sagrado monasterio.

Mientras esa pobre alma se alejaba de Dios y de la Virgen, la Virgen María tomó un cuerpo del todo semejante al de Beatriz, semejante en las facciones, semejante en la estatura, semejante en el color, semejante en la voz, semejante en el movimiento y gesto, y tan semejante en todo, que entre ella y la verdadera Beatriz no aparecía otra diferencia sino que ésta era muy descompuesta y disoluta, y la Virgen, bajo la forma de Beatriz, parecía la misma modestia y compostura.

A más de esto, para imitar más a Beatriz, se puso la Virgen sus hábitos, colgóse las llaves al lado, y comenzó a hacer el oficio de portera. Las monjas, que nada sabían de semejante prodigio, ni les venía al pensamiento sombra alguna de sospecha, se maravillaban de ver un cambio tan grande en Beatriz, y se decían admiradas unas a otras:

*«¿Qué es esto? ¿Quién ha logrado hacer esa mudanza tan estupenda en Beatriz? ¿Quién le ha trocado aquel mirar tan libre, aquel hablar tan incauto, aquel andar tan suelto y disipado, aquel modo de tratar más seglar que religioso?».*

Unas pensaban en una causa, otras en otra, pero ninguna de ellas daba en el punto de la verdad.

Entretanto, ¿qué era de Beatriz? Engañada por el joven sacristán, que pronto la abandonó, y avergonzándose de volver al monasterio, se precipitó en el abismo de la corrupción, pues para poder ganarse la vida se hizo pública meretriz, y en esta triste condición estuvo por espacio de quince años.

Pasado ese tiempo llegó a su noticia que había en el monasterio donde ella había profesado una monja con crédito de gran santidad, que se llamaba Beatriz como ella. Movida por la curiosidad, pero disponiéndolo la Virgen así para su bien, se determinó volver allá disfrazada, para ver qué religiosa era ésta, semejante a ella en el nombre, pero muy distinta en las costumbres.

Fuese, pues, para allá: llegó a la puerta del monasterio, y vio que estaba delante de ella una monja absolutamente igual a ella. Palideció la desdichada mujer, y no tuvo alientos para decir ninguna palabra. La primera que habló fue la Virgen María:

– *¿Me conoces, Beatriz?*

– *No, no te conozco.*

– *Has dicho bien: no me conoces, porque te has olvidado de mí y de mi divino Hijo. Pero ¿a quién dejaste el hábito religioso? ¿A quién encomendaste las llaves del monasterio cuando huíste de este sagrado lugar?*

– *A la Virgen María.*

– Pues yo soy la Virgen. Yo, para encubrir tu infame huida, he estado quince años haciendo tus veces en este lugar; y mientras tú hacías vida torpe, te he granjeado crédito de santidad. Entra en el monasterio, y haz penitencia de tus graves pecados.

Dicho esto, desapareció la Virgen, dejando allí los vestidos de la religiosa. Vistióselos al punto Beatriz, y se mezcló con las demás religiosas. Nunca se descubrió su huida del monasterio, por la perfecta semejanza que tenía con la que se quedó en su lugar.

Beatriz hizo áspera penitencia por sus culpas, y en la hora de su muerte encargó a su confesor que publicase este prodigioso suceso, para gloria de la Santísima Virgen.

## El Rosario

Nací en una granja.  
Criéme en el campo  
con la gente que reza  
y que vive del santo trabajo.

Los dos seres que vida me dieron  
murieron temprano,  
y mi padre me dijo al morirse:

– Hijo mío, en la llar hay un clavo  
del que pende un tesoro bendito.  
Ve, búscalos, y tráelos.

Fui, busqué, remiré,  
y a mi padre...  
sólo pude alargarle un Rosario.

– Es él –dijo al verlo–  
mi tesoro santo.  
La herencia bendita que te dejo  
y a mí me dejaron.

Tu abuelo, y mi padre,  
tuvo callos, de puro rezarlo,  
y tu madre con él en el cuello  
se fue al camposanto.

Yo quitéselo allí, y ahora muero  
gustoso, besándolo.

Bienes de la tierra, hijo mío,  
no puedo dejártelos;  
pero en este rosario te dejo  
los tesoros de un padre cristiano.

Con él, siendo pobre,  
siempre tuve salud y trabajo,  
y el pan nuestro, que a Dios le pedía,  
jamás me ha faltado.

Mas... Ya siento acercarse a la Virgen.  
Ya me duermo tranquilo en sus brazos.

Murióse mi padre,  
y era entonces yo  
un pobre muchacho.

Hoy, que soy mayor  
y recuerdo los tiempos pasados,  
al ver que los niños  
no saben rezarlo;  
que ya en nuestras casas  
no lo ven colgado;  
y que el mundo entero  
se siente angustiado...

¡Señor, ten piedad;  
ten piedad, Señor!  
**No más olvidarlo.**